

Moisés. Un Campeón Valeroso. (Ex. 3:1-12.)

INTRODUCCION.

Jamás hombre alguno ha influido tanto en el carácter y el destino de un pueblo como Moisés. Es el caudillo, el legislador y el padre de la nación judaica. El pueblo hebreo es la obra maestra de su inmenso talento, vasta erudición y nobleza de alma. Sin Moisés no se concibe la organización, el progreso y la estabilidad de Israel, a través de la historia y a pesar de las grandes e innumerables vicisitudes sociales. Puso en el alma israelita el sello imborrable de su poderosísima personalidad.

Moisés es un hombre Imalaya. Un hombre oceano, porque es un notable siervo de Dios.

Como modelador de un pueblo, no tiene igual. Transforma una muchedumbre de siervos en una nación bien consolidada, prescribiendo el culto a seguir, las leyes a obedecer y las tradiciones a observar.

Como erudito, bebió en la fuente de la civilización egipcia, madre de la civilización griega, que, a su vez, fué madre de la civilización moderna.

Y no solo era un sabio ilustre, sino un portentoso hombre de acción. Así lo declaró Esteban cuando dijo "Y fué enseñado Moise en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus dichos y hechos."

La vida de este titán de la raza hebrea se divide en tres períodos de 40 años cada uno. En el primero se nos presenta como un encumbrado príncipe en Egipto; en el segundo, como un humilde pastor en Madián; y en el tercero, como un fiel siervo de Dios y un pastor amante de su pueblo.

Estuvo preparándose 80 años en la escuela de los Hombres y en la escuela de la naturaleza, para servir 40 años a su Dios y a sus compatriotas.

12-
1- La Zarza Ardiente (1-5)

Observemos cuatro cosas importantes en este pasaje:

1. La humildad de Moisés. A pesar de haber sido un graduado de la ~~universidad de Liópolis~~ una de las universidades egipcias, probablemente la de Heliópolis, que quedaba cerca de Mendis, y de ser un príncipe, hijo de Faraón, no se avergüenza de dedicarse al menospreciado y oscuro oficio de pastor; y pastor de ovejas ajenas. Pero así inconsciente y gradualmente se preparaba para ser pastor de un gran pueblo.

2. La aparición de Dios. Mientras humilde y laboriosamente, cual fiel pastor, buscaba en el interior del desierto buenos pastos y abundante agua para los rebaños que se le había encomendado, Dios, el Pastor de los pastores, se le aparece en la misteriosa y simbólica forma de una zarza que arde y no se consume. Y es que Dios se revela al hombre que le teme y obedece, lo mismo en las majestuosas naves del templo que en las más despreciadas e inadvertidas plantas del campo. A Isaías en el primer caso; a Moisés en el segundo; y a Pablo en el ~~ter-~~ embravecido Mediterráneo. El fuego es símbolo de su presencia, que ilumina, purifica, vivifica, embellece y alegra. Aún las zarzas arden, pero solo faltan ojos espirituales para percibir el fuego divino que ellas manifiestan.

3. El espíritu investigador de Moisés (3)

Aquí revela el ~~espíritu~~ científico, el afán de saber que se le había engendrado o despertado en la famosas escuelas de los sabios egipcios. Veía el efecto; quería averiguar la causa misteriosa que lo producía. Moisés era un buscador de la verdad, tanto en la ciencia como en la religión, tanto en el mundo visible como en el mundo invisible.

4. Necesidad de reverencia. (4-5). La curiosidad científica no tiene derecho en degenerar en la profanación de las cosas

sagradas.

Hablando de la reverencia decía Goethe: "una cosa hay que el niño no trae consigo al mundo; depende, sin embargo, de adquisición de ella que llegue más tarde a ser un hombre." Y el doctor Juan MacKay afirma: "quien sea incapaz, por cualquier circunstancia, sentir reverencia por algo o por alguien, es el ser más desdichado y huérfano de la tierra."

11- El llamamiento (6-10).

1. El motivo (6-7). Es la esclavitud opresiva en que en Egipto vive el pueblo de Dios, quien ve su aflicción y escucha sus oraciones. El conoce sus dolores, como conoce los nuestros.

2. La obra por realizar (8). Ha llegado la hora de consolar los tristes y libertar a los esclavos; ha llegado la hora anhelada de dar a su pueblo dos bendiciones inapreciables: el sosiego y la libertad. Y más aún; la prosperidad en la tierra en la tierra que mana leche y miel.

3- El instrumento de redención (10). Dios va a libertad a su pueblo, pero por medio de un hijo de ese mismo pueblo. Dios salva a los hombres, pero no empleando a los ángeles, sino a los mismos hombres. Moisés es el instrumento que El ha apartado y preparado. Sobre el antiguo príncipe de Egipto y el actual pastor de Madián pesa la solemne obligación de llevar a cabo el propósito misericordioso de Dios. Pero al mismo tiempo ¡qué privilegio más glorioso ser llamado para libertar a sus hermanos! Moisés, "Salvado de las aguas", va a ser el salvador de sus compatriotas que cuando cuarenta años atrás no quisieron aceptarle como consejero y juez. Fue salvado para salvar.

3- Excusas. (10-14). El que hace 40 años ha, creíase suficiente por sí mismo, ahora se juzga insuficiente en extremo para realizar la obra para la cual Dios lo está llamando.

Estúdiense las dificultades presentadas por Moisés y cómo Dios las resuelve.

En cierto sentido, Moisés tenía razón para no atreverse a llevar a cabo la obra que estaban muy por encima de sus capacidades, pero ante la promesa de que Dios le acompañaría y ayudaría, no hay razón para seguir evadiendo el deber que se le señala.

"Yo estaré contigo," dijo el Padre a Moisés. "Y yo estaré con vosotros", dijo el Hijo a su Iglesia. Y Moisés marchó y triunfó. Y la iglesia está marchando y triunfando. No hay que pensar en la debilidad del instrumento humano, sino en el poder divino que en nosotros y por nosotros obra libertando a los hombres del pecado.